

YO SOY DE LA PLAZA ITALIA

Ramón Griffero
Neptuno,
Santiago, 1993
85 págs.



tenido de vago humor negro, macabro - característica que a su vez los hace sumamente "posmos". Una especie de Almodóvar más áspero, oscuro y perverso. Gente desquiciada que hace cosas desquiciadas... incluso con las mejores intenciones. Como en *Las aseadoras de la ópera*, representación espeluznante que daría argumento para una ópera de Penderecki o de alguien ultra moderno y espeluznante; el mejor cuento del libro ofrece los rasgos más meritorios de Griffero: llama las cosas por su nombre, no se detiene ante las realidades del sexo, la muerte, el desamor, la locura, la pasión, entinta su pluma en sangre, en caliente sangre, tampoco se le pasa la mano y nadie dirá que pretende epatar, acierta con visiones nítidas, mantiene la expectación y arriba a desenlaces que sorprenden en buena ley... Pero además tiene lo que ninguno de los otros cuentos en igual grado: técnica - espontánea, parece-, estructura sencilla y funcional, redonda, un desarrollo expedito, en caída libre hacia su final inesperado y desastroso. Se termina de leer ese cuento y se piensa, forzosamente, que está a cualquier nivel.

Aunque algunos de estos cuentos apuntan muy alto, padecen altibajos de redacción, defecto elemental que podría -y debería- haber corregido, si no el autor, el editor. No valdría la pena detenerse en el punto -y en la coma- si fuera lo único... Pero Griffero incurre también en repeticiones, apresuramientos, rimas, faltas que cabría llamar, genéricamente, impericias. El libro revela a un autor con interesantes cosas que contar, aunque varias veces revela, asimismo, que no siempre domina la forma de contarlas. De los siete relatos hay a lo menos tres en estado próximo a la perfección, y uno, espléndido: *Las aseadoras de la ópera*. Se dirá que un cuento espléndido salva un volumen, sea de siete o de setenta. Pero es asimismo innegable que en un volumen de cuentos de calidad dispareja se contaminan unos a otros, y al comentar el conjunto no queda sino matizar. Los siete tienen notables elementos comunes, además de las impericias, lo que habla bien de la verdad narrativa del autor. El más destacado es el sabor que le dan a la vida, "el color del cristal" con que la miran. Son fuertes, intensos. A veces brutales. Tienen algo expresionista; tienen crueldad, violencia. Y es difícil emparentarlos con los de otros autores -salvo *Yo soy de la Plaza Italia*, que obliga a pensar en Fuguet-. Lo que reflejan es un sentimiento trágico de la vida... pero no patético, sino